

Alfredo Ebelot y su libro "La Pampa"

Por
EDMUNDO MONTAGNE

EL matrimonio Ebelot, por el año 1908, y después de cuarenta de permanencia entre nosotros, se llevó una pampa a su tierra. Por un pampa o una pampa se entendía entonces hombre o mujer indígenas de las llanuras porteñas. Muchas familias de Buenos Aires no contaban con otra servidumbre que algunas de esas cautivas. La pampita de los Ebelot aprendió francés y música y hacía labores primorosas. No fué una sirvienta, sino una señorita. Esta "niña pampa" demostraba una de las dos cosas siguientes: o que su raza no era tan indómita como se afirmaba, o que solamente la ternura hacia los salvajes atribuída a los Ebelot habría podido civilizarlos súbita y acabadamente.

La pampa persona llegaba a Francia después de veinte años de haberlo hecho la pampa libro, producto también de Alfredo Ebelot. De ese libro se hicieron en París, 1890, dos ediciones, una castellana y otra francesa, impresas ambas por Escary, editor establecido en Buenos Aires. Es hoy un libro raro, joya de bibliófilos. Pero, más que eso, es libro al que la animación humana de su contenido le depara vida eterna. Por tal razón nos interesa Ebelot, y hemos de comenzar diciendo lo que pudimos averiguar de él.

Ebelot nació en Francia a mediados del pasado siglo, posiblemente en el Béarn. Llegó mozo y quizá casado a Buenos Aires, poseyendo dos profesiones: la de ingeniero y la de escritor. Para la primera hallaría quehacer fácilmente, si es que no vino ya contratado por nuestras autoridades consulares. Para la segunda, sólo braceando en el periodismo tendría ocupación. Sin embargo, su pluma, estrenada en la ya prestigiosa "Revista de Ambos Mundos", hoy dia centenaria, tendría la suerte de ser llevada, por el ejercicio de la profesión primera, hasta esa zona de nuestro desierto, imprecisa y temible, que se hallaba entre la civilización y la barbarie. Tan presto en uno como en otro lado, y dadas la impresionabilidad y la ilustración del poseedor de esa pluma, tendría ella ocasión de recoger los cuadros de mayor color posibles entonces en la Argentina y trasladarlos a las páginas del libro "La Pampa". Es que Ebelot formó parte de la expedición Alsina, y desde el 75 hasta probablemente el 79, en que se conquistaba definitivamente el desierto, se halló al frente de los trabajos ingenieriles de la frontera, en la obra de aquel comentado foso atajador de malones, continuada con la construcción de la más atrevida línea de fortines, avanzantes hasta Carmen de Patagones.

Terminada esta misión, Ebelot fué en Buenos Aires periodista. Pero ¡qué periodista! Versado en todo, escribió sobre todo, con un fundamento y una soltura inusitados. Su estilo, de oraciones breves, era lo contrario de esa pomposa declamación tan en boga entonces. Tanto como lo enriquecían los datos, lo amenizaban las anécdotas. Y ni los primeros le quitaban agilidad, ni las segundas lo apartaban de la idea capital de cada artículo, muchos de los cuales son acabadas obras de sensatez, de ilustración y de buen humor.

Ebelot escribió sobre arte, filosofía social, comercio, obras públicas, política, problemas agrarios...



Una idea de cómo se viajaba en la época del libro de Ebelot se pone de manifiesto en estos dos grabados, en que aparecen la galera y el coche de postas, vehículos que en aquel entonces eran "devoradores" del espacio
(GRABADOS DE LA ÉPOCA)



Las riñas de gallos eran uno de los mayores deleites del paisanaje. He aquí, pues, una escena frecuente de la Pampa en los lejanos tiempos a que se refiere este artículo

Asombraba, más que por su robusta cultura, por la fecundidad con que la evidenciaba.

Su compañero de "La Nación", Carlos Gutiérrez, que nos dejó del autor de "La Pampa" una breve cuanto bella semblanza, refería al respecto lo siguiente:

"Yo, que había leído los artículos de Ebelot publicados en "L'Union Française" y que necesitaba robustecer la redacción política de "La Patria Argentina", por la ausencia de su redactor en jefe José María (el hermano de Gutiérrez), lo mandé llamar y le propuse la colaboración a nuestro diario.

"Aceptó, y desde entonces intimamos, llegando rápidamente a un verdadero afecto. Tenía Ebelot su mesa de trabajo en seguida de mi oficina de redacción, delante de una ventana, en la que solía dormir un gato, al que él le hacía cariños.

"Me llamaba la atención aquel hombre tranquilo y siempre sonriente, que entraba, se sentaba a escribir, hacía fácilmente su artículo de fondo y en seguida la sección editorial "Notas del día": total, dos columnas diarias, sin más interrupción que, entre los dos artículos, fumar un cigarrillo caporal, que armaba tranquilamente, y hacer algunos cariños al gato.

"Un día, al despedirse, después de haberme entregado sus originales, no pude menos de decirle:

"—¿Sabe, M. Ebelot, que en realidad me llama profundamente la atención su enorme fecundidad para escribir? Usted viene aquí a las dos de la tarde, después de dejar escrita ya "L'Union Française", despacha "La Patria Argentina" y en seguida se va a redactar "La Protesta" (un diario de la tarde que tenía el comandante Acevedo), y esto que usted hace todos los días es sencillamente admirable.

"Ebelot sonrió con la boca y con la luz de sus ojos verdes, diáfanos:

"—¡Phss! — me contestó. — Vea, esto es facilísimo: es lo mismo que abrir el robinete de una tina; el agua empieza a salir, sale, sigue saliendo... Toda la cuestión está en que haya agua adentro de la tina... — Y tras estas palabras se alejó con su sonrisa traviesa."

También escribió Ebelot en "La Crónica", "Le Courrier de la Plata", "La Argentina"; sobre todo en "La Nación", de cuyo cuerpo de redactores formaba parte, y en cuyas columnas han quedado firmados sus postrimeros artículos, enviados desde Francia como corresponsal. Tengo a la mano los recortes de algunos de ellos, fechados en 1908, París. Uno habla de los restos de Zola; otro de Richepin, el poeta de los vagabundos. Pero aquí está el escrito a bordo del "Algerie", en el cual refiere su vuelta a Francia, para confesar que ella no significa hacer lo que hizo Marco Polo después de sus viajes, esto es, dejar que las "esperanzas" y otras cosas mundanas engañen a otros, y dedicarse a decansar. No. Él lo declara, pertenece a sus ideas, y seguirá escribiendo. Sin duda los amigos de Buenos Aires, al leer esta declaración, sobre todo sus compañeros intelectuales, que lo habían visto partir ya emblanquecida su barba gris y que venían llamándolo cariñosa y respetuosamente "papá Ebelot", pensaron que lo que él escribiría al fin sería la vasta obra sociológica de que a veces hablara y que tenía planeada. Ignoramos si lo hizo. Lo que no dejó de hacer fué mandar a Buenos Aires esos artículos suyos, "que

(Continúa en la pág. 38)

Alfredo Ebelot y su libro "La Pampa"

(Continuación de la pág. 13)

tenían el secreto de hacerse leer". Y los escribió "hasta que su mano quedó inmóvil, su sonrisa se detuvo y la luz de sus ojos claros se extinguió para siempre". Esto sucedió en Toulouse, su ciudad predilecta, a la que regresara después de haber obtenido en París, año antes, el diagnóstico sobre un mal que padecía en la garganta. No era de alarmarse, pero exigía precauciones, se le dijo. Las precauciones serían, sin embargo, vanas. Se trataba de un cáncer. A pesar de lo cual, él, en efecto, no se alarmó; pero no lo mismo en los demás que lo rodeaban y querían. Un corresponsal de entonces telegrafiaba a Buenos Aires: "Es de notarse el estoicismo del señor Ebelot en medio de los sufrimientos más crueles, sin que nunca se le haya oído exhalar una queja. Murió silenciosamente, sin ruido, modestamente, como había vivido."

El gran trabajador que fué el autor de "La Pampa" no había abandonado en Buenos Aires su profesión de arquitecto, y durante sus años últimos dictó oficialmente una cátedra de mecánica, para la que escribió un texto, no existente a la sazón: "Nociones de Mecánica General", editor Cabaut, Buenos Aires, 1907.

Ahora bien: algunos de mis lectores, particularmente los de la nueva generación, querrán saber algo de "La Pampa", ya que, según he confesado, ese libro perpetuará entre nosotros el nombre del autor.

A eso voy. En esas páginas se tratan los siguientes temas de primitividad argentina: el velorio del angelito, el rastreador, el boleador, el reñidero de gallos, el gaucho malo, los indios, los fortines, el recado, el caballo, la pulpería, la galera o diligencia, el mate, la mujer del soldado, la formación social en los puntos más apartados de la civilización bonaerense. Estos temas son encarados de dos maneras: la del costumbrista, que *le inspira cuadros insuperables*, y la del sociólogo, que, a propósito de esa existencia, discurre y comenta con originalidad.

He hablado del buen humor de Ebelot. Pero Ebelot, en ningún momento de su libro, es un humorista sistemático. El humorista sistemático no penetra en el asunto: lo orillea. Ebelot se mete basta el fondo. Sólo que sabe reaccionar, cuando el asco o el horror se lo piden, y nos brinda entonces la flor de una gracia. Lo que no le impide ser siempre veraz de todas veras, pintando o pensando lo nuestro, como lo hicieran poquísimos antes que él. Y si en su tiempo alguien pudo tener reparos para con su sinceridad, reparos de mal entendido patriotismo o de mal entendida delicadeza social, hoy, ante la sagacidad de sus páginas, agradecemos al genial francés la gauchada de "La Pampa".

Además del vigor de sus trazos descriptivos, ¡qué de luminosas reflexiones y finos detalles de observación! ¡Cuánta deducción, cuánta consideración no aprovechadas hasta el día! El estudioso del alma y de la sociedad humanas y captador de tipos; el estudioso, asimismo, del alma animal, hallará en Ebelot una fuente de valiosas sugerencias e inesperadas revelaciones.

Banchs hubiera querido para su oda ese otro "padre de la patria" que fué el chasque, en el ejemplo que nos da Ebelot. La misión de ese chasque era llevar la correspondencia de Bahía Blanca a Patagones, infinidad de leguas medanosas, desiertas, en que se peligraba ser degollado por los indios. Se le supuso tan lamentable fin al pobre, pues no aparecía y pasaba el tiempo. Al cabo se supo la verdad. Había muerto de sed. Hallaron su cadáver, "y un poco más allá, colgando de un árbol, la valija de la correspondencia". A esto, Ebelot anota: "No deja de ser conmovedora la sangre fría de ese hombre que, en presencia de una muerte horrible, desgarrado ya por atroces dolores, se ocupa de colocar la valija que le han confiado fuera del alcance de las fieras que luego despedazarán su cuerpo."

Y el poeta Banchs, además, caso de agregar a los padres, las madres de la patria, hubiera visto en la mujer del soldado, a causa de la sentida página de Ebelot, una madre de colocar en primer rango.

Todo el libro del francés palpita humanidad. Por eso sabe probarnos cómo muchas salvajeces del indio o del gaucho tienen sus equivale[illegible]s en el civilizado, con desdoro pa[illegible]te, o indican menos maldad de la supuesta. Y no es siempre con el comentario cómo logra sus fines. A veces ve que ha de bastarle la descripción. Así, cuando la riña de gallos. Y se planta después de trasladada al papel la escena. Pues lo ha hecho con tanta verdad, que la aversión al bárbaro juego no necesita ser sugerida por reflexión alguna.

Muchos de los asuntos de sus cuadros y relatos fueron tratados luego por otros escritores criollistas que, como he dicho, jamás lograron superarlo. Contaron y seguirán contando con diversidad de recursos expresivos de los que no se valió Ebelot; pero carecerán de su ojo certero y acaso de la vida. La vida: ahí está el secreto que hacía saborear e Ebelot. Y quien hoy día tenga la dicha de leer su velorio del angelito, su boleada, su galera, su reñidero, convendrán conmigo en que esos cuadros, siendo de primera mano, son también y seguirán siéndolo, de última.

Después de lo dicho, quédome pensando en que la justicia que con mis pobres palabras recae sobre el libro, ha sido menester que transcurrieran cuarenta años para que fuera hecha.

...nconsciente como segura. No ..., cuando cualquier otro cavi... conducta es su gran fuerza. ...n. Es lo que le hace ser la pie...

...cios; y lo hace sin ning... a él secundario. El For... quetea con las otras cla... ocracia, porque las per... con los chicos. A los ... so le parece un juego ... aprueba sus despilfa... estamos en la época ... es una buena bur... e, los Forsyte se en... nicia la decadencia ... ía todo familiar; y ... uy bien. La reina ... a. y los Forsyte tie... personas privadas. ... más de lo que son. ... quieren salir en ... sentirse ignorados ... a militar en tiempo ... ulo. Aun ser almi... able. Un almirante ... urador de banco. Tie... ción. Se sienten vincu... terra. En efecto, todos los ... sus propios azares: la gue... guerra, la huelga del Ruh... luchas por la legislación fi... le, y la huelga general. Estos ... ctan la historia interior y ex... ctan el destino de los Forsyte. ... quebranta su seguridad; por... can; poco a poco se va viendo ... valor en el mun... iden. De un lado ... lo a limitan la no... e otro, los que de ... piedad, aun de la

Una de las últimas fotografías del comentado novelista británico